

a Théophile Gautier, dedicatario de *Les Fleurs du Mal*, a quien considera «un perfecto hombre de letras» (p. 520).

Se permite algunas críticas hacia Victor Hugo, a quien le unía una relación compleja, de amor y de envidia, que puede verse también en encendidos elogios y algunas pullas que comparecen en todo el libro. De todos modos, si se lee lo que escribió acerca de *Los miserables*, se puede entender su afinidad estética e incluso intelectual: «Victor Hugo está a favor del Hombre, y sin embargo no está contra Dios. Tiene confianza en Dios, y sin embargo no está contra el Hombre» (p. 602). En realidad, Baudelaire tensó más la cuerda, se tomó más en serio el Mal, y el abismo entre Dios y el Diablo. Victor Hugo, a su lado, era quizás humano, demasiado humano.

Muy interesantes son las valoraciones «sobre algunos de mis contemporáneos», en las que emite juicios acerca de autores hoy menores, como Marceline Desbordes-Valmore, Auguste Barbier, Pétrus Borel, Pierre Dupont..., enfatizando sus virtudes y defectos, en un tono apasionado.

De todas formas, si Declacroix es el pintor que exalta, el escritor agraciado por la atención y los elogios de Baudelaire es Edgar Allan Poe, a quien profesa una admiración sin tasa. Tras repasar su vida, se detiene en algunas de sus obras, como *Eureka* (pp. 656-657). De Poe, destaca, sobre todo, su enorme talento, opuesto en gran medida a los rasgos pragmáticos de sus coterráneos. Pondera su «Imaginación», en términos hiperbólicos: «es una facultad casi divina que percibe todo de entrada, al margen de los métodos filosóficos, las relaciones íntimas y secretas de las cosas, las correspondencias y las analogías» (p. 703).

La obra concluye con una reflexión sobre el arte de Richard Wagner, del que seleccionamos lo siguiente: «ningún músico descuella como Wagner al *pintar* el espacio y la profundidad, materiales y espirituales. Ésta es una observación que diversas inteligencias, y de las mejores, no han podido evitar hacer en diferentes ocasiones. Posee el arte de traducir, a través de gradaciones sutiles, cuanto de excesivo, de inmenso, de ambicioso contiene el hombre espiritual y natural. A veces da la impresión, al escuchar esta música ardiente y despótica, de que nos encontramos, pintadas sobre un fondo de tinieblas desgarrado por la ensoñación, las vertiginosas concepciones del opio» (p. 726). Como puede verse, cada cual piensa en lo suyo.

Al final del libro hay algunos escritos póstumos, que —en diversos casos— son esbozos sobre los mismos temas, si bien hay otros muy interesantes, entre los que sobresale uno, titulado «El espíritu y el estilo de Villemain», que es un conjunto de notas hilvanadas, en las que se desprende una sinceridad ora cáustica ora benevolente: «los Villemain nunca comprenderán que a los Chateaubriand les asiste el derecho a ciertas inmunidades e

indulgencias a las que nunca podrán aspirar todos los Villemain del mundo» (p. 803).

Para una mayor intelección de este libro, es imprescindible leer las notas de José Ramón Monreal que, en su emplazamiento (al final y en letra pequeña), dificultan su disfrute. Como mínimo, sería mejor que las introducciones a cada obra figuraran como prefacio a las mismas, aunque fuera a pie de página. Esta crítica no empece en absoluto la espléndida labor de Monreal, editor experimentado en las versiones de clásicos franceses del siglo XIX (Balzac, Chateaubriand, Flaubert, Maupassant y Zola), a los que ahora se añade Baudelaire.

En fin, se trata de una obra muy recomendable, que cualquier persona de letras y artes puede (y debería) recorrer con provecho. No hay obligación de leerla toda, ni en el orden que aquí se propone, sino que es posible la fruición salteada, aunque siempre acompañada de las notas finales, que son una guía indispensable. Hay que felicitar a la editorial Acanalado por haber apostado por este proyecto, y a Monreal por su exquisita y paciente labor.

MOISAND, J., *Federación o muerte. Los mundos posibles del Cantón de Cartagena (1873)*, Madrid, Los libros de la Catarata, 2023, 317 pp.

Antonio Muñoz Jiménez
Universidad de Córdoba



Federación o muerte. *Los mundos posibles del Cantón de Cartagena (1873)* supone una mirada rejuvenecedora a uno de los episodios más conocidos, y al mismo tiempo, más cargado de tópicos de la cientocincuentenaria república española. Una obra cuyo propósito es el de revisitar, bajo nuevos prismas y con nuevas fuentes, un episodio de sobra conocido en la Historia, literatura e imaginario colectivo.

Publicación que, junto con la obra colectiva editada por Manuel Suárez Cortina (*La Federal. La Primera República Española*, Sílex, 2023) y la publicada por Florencia Peyrou (*La Primera República: auge y destrucción de una experiencia democrática*, Akal, 2023), ha supuesto una de las mejores contribuciones en el marco del 150 aniversario de la proclamación de la Primera República Española.

Jeanne Moisand es profesora (*Maitresse de conférences*) de Historia Contemporánea de la Universidad París 1 Panteón-Sorbona e investigadora del *Centre de Recherche sur L'Amérique Latine et les Mondes Ibériques* (CRALMI), integrante de la unidad mixta de investigación

Mondes Américains (EHESS-UMR 8168). El libro que reseñamos, parte de tu tesis HDR (*Habilitation à Diriger des Recherches*) titulada *Les fédérés de Numancia. Une commune espagnole et sus mondes (1873)* (2020), que también será publicada en francés como *Se fédérer ou mourir. La commune de Carthagène et ses mondes, 1873* (EHESS, 2024).

Varias son sus publicaciones que conectan al republicanismo federal y la experiencia cantonal en torno al mundo obrero, como el capítulo de libro «Revolutions, Republics and IWMA in the Spanish Empire (around 1873)», publicado en una obra colectiva co-coordinada junto con Fabrice Bensimon y Quentin Deluermoz («*Arise Ye Wretched of the Earth*». *The First International in a Global Perspective*, 2018); o lo exilios, como «Les exilés de la ‘République universelle’ Français et Espagnols en révolution (1868-1878)», igualmente parte de una obra colectiva codirigida con Delphine Diaz, Romy Sánchez y Juan Luis Simal (*Exils entre les deux mondes. Migrations et espaces politiques atlantiques au XIXe siècle*, 2015). En esta ya se adentra hacia aspectos ampliamente desarrollados en el libro: las conexiones con la Comuna parisina de 1871, de los internacionalistas, las redes de refugiados y/o exiliados, las implicaciones ultramarinas del imperio español.

La obra se estructura en dos bloques. Antes de ello, una breve introducción y un primer capítulo nos contextualizan el 1873 español. Con el apoyo de la historiografía previa traza una Historia del Cantón de Cartagena, sus protagonistas e implicaciones internacionales. Sirve para introducir al lector, experto o no por su sencillez expositiva, en el microcosmos del Cantón.

Una vez ubicados, en su primer bloque Moisand aporta una extraordinaria visión sociodemográfica de los cantonalistas, alejada de las figuras notables. El empleo de las fuentes de la administración francesa, una vez los refugiados llegan a Orán en la Numancia, contribuye a discutir la visión del Cantón como una revuelta de élites locales. Sin olvidarse de Gálvez, Sauvalle o Contreras, Moisand nos habla de aquellos a los que habitualmente no ponemos nombre: presidiarios, trabajadores del arsenal, quintos y las mujeres, entre otros. De su implicación y protagonismo, de sus esperanzas en el proyecto revolucionario y de su supervivencia en una Cartagena sitiada.

Así mismo, explora el proyecto político del Cantón como modelo de ensayo de una democracia directa e inclusiva de corte asambleario. Establece así conexiones genealógicas con el modelo municipalista francés del 1848, la Comuna parisina y la propia tradición juntera hispana. Con las menciones finales a realidades más actuales del municipalismo político nos lleva a pensar en los mismos términos que Pamela Radcliff (véase «Las libertades locales: la «tradición municipalista» en los discursos de la España democrática contemporánea», *Ayer*, 123 de 2021).

Nuevamente sirve para discutir la idea del protagonismo de las élites burguesas, al mismo tiempo que nos adentra en los protagonismos de obreros y campesinos. También aporta la necesaria distinción entre las experiencias feministas de las mujeres en armas (y su vinculación en el imaginario con las *pétroleuses*), frente a las experiencias femeninas desplegadas, por ejemplo, en torno a la Cruz Roja.

El segundo bloque de la obra abandona la exclusividad geográfica peninsular. Mira al Cantón desde fuera y al mismo tiempo observa como éste se refleja allende las fronteras cartageneras. Sirve esta parte para insertar capítulos que discuten el mito de la *piratería berberisca* o del cantonalismo como signo de secesión. Establece con sus análisis probadas relaciones al otro lado del Mediterráneo y del Atlántico. No solo con la Argelia francesa, sino con el resto de dependencias coloniales del imperio español. Y no se tratan tan solo de relaciones personales o económicas, sino ideológicas aportando una visión imperial al baluarte de la Federación Española. Destaca esta idea cuando la autora se cuestiona si la insurrección cantonal estuvo conscientemente conectada, más allá de la solidaridad pasiva, con las demandas de autonomía política en las Antillas y Filipinas.

Todo ello se consigue con una metodología que salva las limitaciones de los estudios de Historia local con las que a menudo se había tratado al Cantón, centrándose solo en el mismo sin conexión suficiente con sus realidades paralelas (motivo por el cual muchos se han convertido en estudios localistas). Igualmente, frente a los estudios macro que analizan de forma global olvidando los matices, los actores ajenos a las élites y las resistencias existentes, en definitiva, que resultan parcos en las singularidades. Su trabajo, a partir de un análisis microespacial, expone dinámicas poco visibilizadas en la historiografía. Emplea así al Cantón como estudio de caso donde la excepcionalidad local se inserta en el contexto de su tiempo y realidades paralelas a través de un juego de escalas que nos lleva a ubicarnos en París, Orán, Cuba o Cavite al mismo tiempo a través de sucesos y protagonistas insertos en la ciudad de Cartagena: los *communards* Combatz y Antonio de la Calle, el diputado puertorriqueño Nemesio de la Torre Mendieta, el *pirata* Constantini (Colau para Pérez Galdós) o Antonete, del cual Moisand se cuestiona por qué no gozó de una memoria política como Garibaldi. Algunas de estas consideraciones han sido expuestas también en «Revisitar el Cantón de Cartagena: microespacio revolucionario y conexiones globales (1873)», publicado en *Historia y Política* (2023).

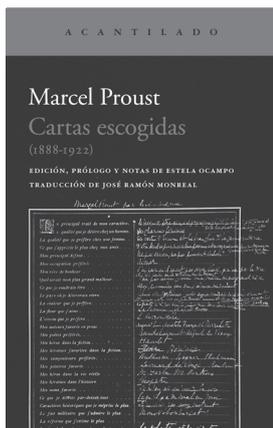
Cada capítulo funciona a la perfección. Responde a un interrogante bien delimitado, pero no de forma directa. Moisand lo estructura en base a diversos apartados donde no solo va dando forma a la respuesta general, sino que responde a nuevos interrogantes. Finalmente, en ese prisma polifacético se hilvanan una a una cada cuestión para dar una visión de conjunto, que modo de conclusión de cada capítulo, responde a la pregunta introducida en las primeras páginas del mismo. De este modo, un hilo conductor

perceptible nos ayuda a recorrer el episodio del Cantón en sus diversas facetas a la par que conocer a unos protagonistas que hasta ahora permanecían en silencio.

Con todo ello, Moisand consigue revisitar la Historia del Cantón de Cartagena en su 150 aniversario. Su obra ayuda a visibilizar protagonistas individuales y colectivos hasta entonces no detallados en la historiografía sobre el cantonalismo español y olvidados por la memoria de las revoluciones sociales y obreras. Aquellos marineros, quintos, trabajadores del arsenal, presidiarios, solteras, prostitutas, las Hermanas de la Caridad o la Cruz Roja; espacio donde algunos de ellos vieron su redención en la Federación española o el lugar donde morir en su defensa. Una memoria recuperada de la que posiblemente fue la última de las revoluciones decimonónicas.

PROUST, M., *Cartas escogidas (1888-1922)*, Barcelona, Acantilado, 2023, 496 pp.

Rafael Ramis Barceló
Universitat de les Illes Balears – IEHM



Como podemos leer en el esclarecedor prólogo de Estela Ocampo: «Proust no escribió diarios, ni dietarios ni memorias. Sin embargo, era un escritor sumamente reflexivo que poseía un pensamiento propio acerca del arte y la cultura, de la sociedad y la historia, de la psicología humana y los sentimientos. La mayoría de sus ideas se encuentran transmutadas en su literatura, en las acciones o los pensamientos de sus personajes, pero existe también otro camino real para llegar a la médula de su pensamiento: su correspondencia». En efecto, a continuación se nos indica que «es una obra monumental, de más de seis mil cartas, dirigidas a todo tipo de correspondientes: familiares, amantes y amigos, otros escritores, editores y críticos, personajes de la sociedad de su momento. Las cartas permiten reconstruir una autobiografía espiritual que en otros escritores está plasmada en unas memorias» (p. 7).

Este párrafo condensa perfectamente el contenido del libro: a través de una inteligente selección de las cartas de Proust, el lector puede hacerse una idea cabal no solo de su pensamiento, sino también de la relación que el autor tuvo con su familia, sus amigos y sus editores. Comparecen el talento, la sensibilidad, la hipocondría, las alusiones veladas y reiteradas a sus encuentros homosexuales, así como también el mundo privilegiado en el que vivió, en un París en plena efervescencia cultural y artística.

París y Viena se disputaban, en los años en que Proust escribió estas cartas, la supremacía intelectual de Europa. En sus cartas, el escritor francés da muestra de una exquisita sensibilidad, de conocer a lo más granado de la sociedad y de ser, en definitiva, una de las estrellas del firmamento de la *Cité*. No es para menos, en ellas desfilan personajes de lo más variopinto, que se relacionan con un personaje sutil y amanerado, orgulloso y, hasta cierto punto, pedante. Pero Proust estaba convencido de hacer literatura y de hacer historia, de ser él mismo no un personaje de sus obras, sino el arquitecto, el *Deus ex machina* capaz de juzgar *sub specie aeternitatis* a sus contemporáneos.

Ha dicho la crítica una y otra vez que en pocos artistas se funden tanto la vida y la obra. El lector de estas cartas entenderá no solo el carácter de muchos de los personajes que se encuentran en su magna obra *En busca del tiempo perdido*, sino también su capacidad de elevar lo cotidiano a literatura. A veces, leyendo la obra de Proust, asalta la duda y sobrevuela la pregunta: ¿de dónde salen aquellos aristócratas decadentes y aquella burguesía ensimismada? Tras leer las cartas se confirma claramente: de la misma manera que Debussy y Ravel, tras un proceso de depuración y maduración, convirtieron en sonidos su realidad circundante, Proust elevó a literatura a sus amigos, conocidos y vecinos, deformando, exagerando y mezclando sus rasgos más prominentes.

En las miles de cartas que envió y recibió, que perdió y tuvo que reescribir, se conoce al Proust más cercano. El registro y el estilo, aun cuando escribiera a vuelapluma, muestra un sello inconfundible, capaz de abarcar temas de lo más variopinto, en el que se amalgaman recuerdos y confesiones íntimas, valoraciones sobre obras musicales, impresiones sobre lecturas, confidencias a sus amantes, preparativos de viajes, comentarios acerca de su salud, negociaciones (a menudo arduas) con sus editores o también comentarios sobre la actualidad política, e incluso un esbozo de sus ideas filosóficas.

El libro recoge una selección de doscientas cartas organizadas temáticamente. La primera parte abarca el mundo sentimental de Proust, con especial atención a su familia y a su venerada madre, así como a sus relaciones amorosas (siempre complejas) y a la correspondencia con algunos de sus amigos más estimados. La segunda parte se titula «Proust de puertas adentro», y nos muestra algunas de sus facetas más íntimas. La tercera se intitula «Proust en el mundo», que también hubiera podido recibir la denominación «Proust de puertas hacia fuera», con comentarios sobre historia, filosofía y sociología. La cuarta parte, «Proust sobre el arte», tal vez la más enjundiosa, distingue entre la literatura, la pintura y la música; mientras que la última, que será la predilecta de los admiradores de *En busca del tiempo perdido*, recoge las cartas acerca de su obra, tanto a editores como a comentaristas de ciertos pasajes.